Amor, violencia y desamor en la sexualidad de las mujeres

Elsa S. Guevara Ruiseñor

Introducción

El amor y la violencia han sido las huellas más distintivas que el orden de género ha impreso sobre el cuerpo y la subjetividad de las mujeres en el ámbito de la sexualidad. Estas dimensiones son entendidas como antítesis; sin embargo, en ocasiones se presentan como dos caras de una misma moneda, parte de un mismo proceso de sojuzgamiento que impide a las mujeres apropiarse de sus vidas y sus cuerpos. Dice Amorós [1985] que el amor y la familia son producto de relaciones de poder asimétricas que, ocultas en la ideología del amor, legitiman la subordinación de las mujeres, por esto, ni el amor ni la familia parecen estar hechos para la emancipación de las mujeres, menos aún para la construcción de una sociedad de individuos autónomos e independientes. Para Segal [1995], parte de la herencia cultural como mujeres se ha construido alrededor de las convenciones y deseos de la narrativa romántica sobre el amor; ella señala que muchos estudios sobre las experiencias sexuales de las mujeres jóvenes sugieren que ciertas formas de vivir el amor tienen un efecto incapacitante. De acuerdo con Holland [1991], una de las principales razones que dan las mujeres jóvenes para permitir que sus parejas masculinas controlen sutilmente sus prácticas sexuales, es que definen la sexualidad en términos de amor y romance.

Si bien la ideología del amor contribuye significativamente a legitimar las asimetrías de poder, también es cierto que las relaciones amorosas no se encuentran amarradas inevitablemente a la subordinación de las mujeres. Los vínculos afectivos forman parte de las necesidades psicológicas básicas, lo que hace del amor una herramienta de poder son las asimetrías entre el dar y recibir. Los teóricos del desarrollo psicológico [Spitz, 1977] han señalado desde hace muchos años que la satisfacción de necesidades afectivas es indispensable para el desarrollo e integridad psíquica de todas las personas. Satisfacer las necesidades de amor y cuidado es fundamental para desarrollar la capacidad de independencia y autonomía, esencial para el sentido de seguridad y base de las relaciones amorosas maduras. En el caso de las mujeres, Eichenbaum y Orbach [1990] sostienen la tesis de que la inseguridad y falta de autonomía de las mujeres crece sobre la inadecuada gratificación de sus necesidades afectivas. Es decir, toda la vida de las mujeres está armada sobre un conjunto de prácticas sociales en donde ellas a la vez que se encargan de atender la vida emocional de los demás, difícilmente pueden esperar que sus necesidades sean cubiertas, en especial en sus relaciones con los varones, porque la identidad masculina no se construye en torno al cuidado y atención afectiva de los/las demás. Por tanto, el encuentro amoroso difícilmente se establece en términos de relaciones paritarias donde las mujeres puedan sentirse amadas. Cuando se habla de sus posibilidades de autodeterminación en el ámbito de la sexualidad, es necesario considerar si existen las condiciones de amor y cuidado que permitan a las mujeres tomar decisiones, negociar y vivir plenamente el placer del cuerpo. Con el propósito de conocer cómo viven estos procesos las mujeres urbanas de sectores populares se realizó el presente estudio.

Objetivo

Conocer cómo viven su sexualidad las mujeres en función de la satisfacción de sus necesidades afectivas a fin de identificar sus posibilidades para tomar decisiones en su vida sexual, sus posibilidades para el disfrute del erotismo y para vivir la relación conyugal con autonomía e independencia.

Metodología

Se realizó un estudio exploratorio con mujeres residentes de la zona de influencia de la FES-Zaragoza que comprende la zona conurbana del lado oriente de la Ciudad de México.

Ahí se ubican las seis Unidades Multiprofesionalesde Atención Integral (UMAIs) de la Facultad de Psicología de la UNAM, donde se brindan servicios de atención médica, odontológica y psicológica a las personas residentes de esta zona.

Para el estudio fueron entrevistadas un total de 200 mujeres asistentes a las UMAIs, que hubieran tenido una relación conyugal y uno o más hijos/as. Se les aplicó una entrevista estructurada orientada a conocer sobre la experiencia de su sexualidad, su capacidad para tomar decisiones y los conflictos en el terreno del erotismo. Se aplicó también una Escala de Satisfacción de Necesidades Afectivas ESNA [Guevara, 1996] que permite conocer el grado en que una persona se siente amada. Con base en los resultados obtenidos de esta escala, se eligió a las mujeres que tuvieron las calificaciones más bajas y más altas para hacer las comparaciones entre ellas. Así, quedó una muestra de 150 mujeres, dividida en dos grupos: uno con 92 personas, integrado por quienes puntuaron más alto, y otro conformado por 58 personas, que puntuaron más bajo. Se aplicó un análisis de varianza para establecer si existían diferencias significativas entre los dos grupos de mujeres.

Resultados

Las personas participantes en el estudio contaban entre 18 y 46 años de edad, heterosexuales, tenían al menos un/a hijo/a; 88% vivía con su pareja y 12% eran separadas o viudas. Su escolaridad fue la siguiente: 4% sin escolaridad, 37% hasta primaria, 29% secundaria, 29% preparatoria o profesional. El nivel de escolaridad, el inicio de la vida conyugal y el número de hijos/as son tres factores en los que se encontraron diferencias entre los dos grupos. Las mujeres que se sienten amadas se caracterizan por un mayor nivel de escolaridad, una menor frecuencia en cuanto a la conyugalidad adolescente y un promedio menor de hijos/as. El grupo de las mujeres que viven desamor se caracteriza por un menor nivel de escolaridad, un porcentaje más alto de conyugalidad adolescente y una media de fecundidad más alta que la media nacional. Respecto a su capacidad para tomar decisiones, encontramos que quienes se sienten amadas manifiestan una mayor capacidad de negociación, menor frecuencia de sentimientos negativos y menos conflictos ante el disenso en materia de sexualidad. A su vez, las mujeres que viven desamor tienden con más frecuencia a aceptar situaciones que les desagradan, manifiestan más sentimientos negativos, refieren mayor número de conflictos y mayor coerción tanto sexual como emocional.

Tabla 1

Relación entre variables sociodemográficas y sentirse amadas			
Variable	Rango	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Edad	17-19	1%	3%
	20-29	55%	36%
	30-39	33%	50%
	40-46	10%	10%
Edad a la que se casó	14-19	50%	71%
	20-25	42%	19%
	26-33	7%	9%
	Media	20.2	19
Número de hijos	1-3	79.8%	66%
	4-11	20-2%	33%
	Media	2.3	3.5
Escolaridad	Hasta primaria	33%	55%
	Secundaria	35%	32%
	Preparatoria	30%	12%

Tabla 2

Posibilidades de negociación		
¿Qué hace cuando su pareja desea tener relaciones y usted no quiere?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Se lo digo y le explico	72	17
Le doy una excusa	12	10
Acepto	8	31

Significancia 0.0000

Tabla 3

Manejo de disensos		
¿Cómo se siente?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Normal	65	19
Culpable	9	7
Triste	3	3
Mal	15	29

Significancia= 0.0001

Tabla 4

Reacciones de la pareja		
¿Cómo reacciona su pareja?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Bien, comprensivo	58	7
Se enoja	3	38
Se molesta pero luego se le pasa	31	13

Significancia= 0.0000

Tabla 5

Existencia de conflictos		
¿Se genera algún conflicto?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Sí, se enoja	12	21
Sí, me obliga	1	19
No	79	1

Significancia= 0.0000

Sobre la experiencia de violencia y la forma en que evalúan su vida sexual, los resultados muestran que quienes se sienten amadas presentan en su mayoría una historia exenta de violencia y una vida sexual gratificante; por el otro lado, en las mujeres que viven desamor es muy alta la proporción de quienes han experimentado violencia sexual (50%), además sufren una doble agresión, porque a la violencia emocional presente en su condición de no saberse amadas se suma la violencia sexual, y en ocasiones, la violencia física.



Vanesa del Rocío, 10 años.

Tabla 6

Experiencia de violencia sexual		
¿Ha sido forzada u obligada a tener relaciones sexuales cuando no quiere?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Sí	2	29
No	90	29

Significancia= 0.0000

Tabla 7

Gratificación en su vida sexual		
¿Qué tan gratificante considera que es su vida sexual?	Mujeres que se sienten amadas	Mujeres que viven desamor
Muy gratificante	47	4
Buena	41	11
Regular	5	21
Mala	1	22

Significancia= 0.0000

Las necesidades afectivas

De acuerdo con los resultados estadísticos se encontró que las mujeres con mayor escolaridad, menor número de hijos/as y mayor edad al inicio de la relación conyugal son las mujeres que se sienten amadas, y son asimismo quienes muestran mayores posibilidades de autonomía en la toma de decisiones, relaciones de pareja más paritarias y una vida sexual más plena y gratificante. En contraste, las mujeres del otro grupo tienen menor escolaridad, mayor número de hijos y menor edad al inicio de su vida conyugal, muestran mayores limitaciones en la toma de decisiones, sostienen relaciones marcadas por distintos tipos de violencia y muestran una enorme pobreza sexual y afectiva. Sin embargo, las relaciones de género suelen contener una enorme complejidad más allá de lo aparente. En primer lugar, no queda claro si son las condiciones estructurales las que facilitan ser bien amadas o si es la gratificación temprana de sus necesidades afectivas lo que las prepara para enfrentar mejor las condiciones sociales que viven. Con el propósito de acercarnos a ello realizamos un análisis a profundidad de la entrevista a fin de descubrir las distintas condiciones de vida presentes en un entorno de amor o desamor.

Mujeres que viven condiciones de desamor

De acuerdo con las respuestas de la entrevista, podemos decir que la pobreza afectiva va de la mano con mucha frecuencia con la pobreza material y cultural en que viven las mujeres.

Por una parte vemos que las comunidades o sectores donde los roles genéricos se encuentran rígidamente establecidos, donde las mujeres viven una mayor carencia en cuanto al acceso a recursos económicos y educativos, donde existen pocas opciones de reconocimiento social más allá de la conyugalidad y la maternidad, las posibilidades de autonomía en el terreno de la sexualidad son muy limitadas.

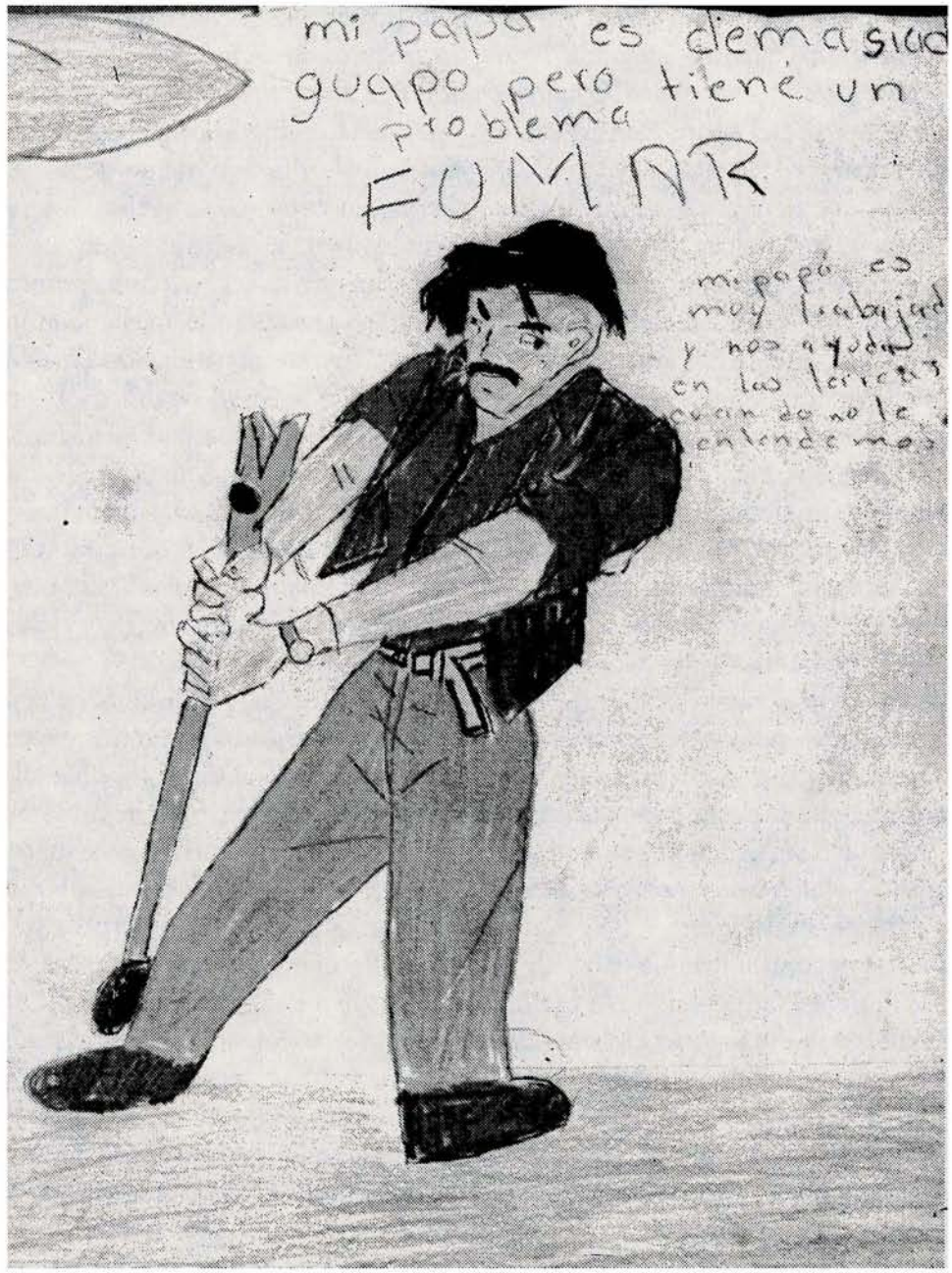
La conyugalidad temprana es casi un destino para estas mujeres y se asocia primordialmente a tres factores: el ejercicio desinformado de su actividad sexual que desemboca en embarazos no deseados, con la consecuente carga de responsabilidades y limitaciones que eso supone; en segundo lugar, el establecimiento de la relación conyugal como una forma de escapar a situaciones de maltrato familiar y, finalmente, la imposición de la conyugalidad a partir de la presión familiar o la violencia sexual. Una mujer relata lo trágico que puede ser el inicio de una relación conyugal:

> Pues fue... ¿cómo le diré? Pues mi esposo me forzó, yo estaba viviendo con mi abuelita y ella salió al molino, afuera estaban varios muchachos tomando, entonces cuando él vio que me quedé sola entró y me violó. Yo no dije nada porque tenía miedo y no sabía qué hacer, después me dijo que se iba a casar conmigo, me llevó a casa de su primo y al otro día fueron a hablar con mi abuelita y dijeron que nos queríamos casar... Yo no tenía otro remedio. ¿Qué iba a hacer?

Este relato de una mujer de 47 años, que vivió esta situación a los 14 y tuvo 11 hijos con este hombre, muestra el inicio de una relación de violencia y desamor cotidiano que duró 27 años y que sólo terminó con la muerte (por enfermedad) del esposo, hace apenas unos años. Las historias de inicio conyugal de estas mujeres son variadas, si bien no todas empiezan mal, en la mayoría de los casos la edad representa una condición que agudiza la vulnerabilidad y facilita el ejercicio del poder sobre ellas. Esto ocurre no sólo en las adolescentes, sino también en aquellas situadas en el extremo opuesto, es decir, las que tenían más de 26 años al inicio de la relación conyugal (que juntas representan más del 80% [ver tabla 1]).

Es frecuente encontrar en estas mujeres una "aceptación" tácita de las asimetrías de poder y una visión del matrimonio como núcleo de sus aspiraciones. Todo ello las lleva a asumir la autoridad del marido como algo natural e incuestionable, donde suponen que él sabe más, puede más, tiene más, y por tanto, tiene derecho sobre todo aquello que le rodea, incluyendo el cuerpo de "su" mujer. En otros casos, no es tan evidente la aceptación sino el miedo a la violencia o al abandono. Muchas mujeres dijeron que aceptaban tener relaciones sexuales cuando no querían, pensando en evitar males mayores. El temor al enojo, a la agresión física o sexual, así como el miedo a que "él se busque otra" son las razones de su asentimiento. Lo que parece el hilo conductor en casi todos los casos, es una suerte de desamparo material y afectivo que las coloca en una situación de indefensión donde la necesidad de afecto y aceptación es constante.

Estas situaciones son toleradas por muy diversas razones. Por una parte, la violencia doméstica promueve una atmósfera de temor y angustia constante que se parece mucho al llamado síndrome de Estocolmo [Graham, Rawlinggs y Rimini, 1988], que consiste en una especie de "agradecimiento" que sienten las personas secuestradas por sus captores, pues al sentir que se encuentran por completo en manos del captor, desarrollan un sentimiento casi de simpatía hacia él por no utilizar hacia ella todo el peso de su poder. También es frecuente que exista una fuerte dependencia económica y psicológica hacia el consorte, que las obliga a soportar las condiciones más difíciles porque no cuentan con recursos propios o piensan que no podrán salir adelante sin él. Por otro lado, la carencia de redes de apoyo que limiten el poder del cónyuge o les brinden opciones de huida, las aísla y las vuelve más indefensas. Finalmente, la presencia de hijos/as se convierte en una enorme presión para continuar la relación, especialmente cuando son pequeños, porque las mujeres piensan



Luz Karel Aguilar Gastelum, 11 años.

que deben soportar todo a fin de mantener una "familia integrada", "no dejar a los niños sin padre" o mantener el apoyo del padre para educar a sus hijos.

Con frecuencia se dice que los espacios de poder de las mujeres se encuentran en que ellas controlan la sexualidad y los afectos en la relación conyugal, pero estos resultados no apoyan ninguna de las dos afirmaciones. Por el contrario, casi diríamos que los afectos son un campo de empoderamiento siempre y cuando sean ellas las que reciban amor, mientras que en la sexualidad los poderes de estas mujeres son muy reducidos. Para la mayoría de ellas, la única opción que tienen es su negativa a tener relaciones sexuales, pero incluso este pequeño espacio de poder a veces les está negado; ya sea porque son obligadas o porque ellas tienen necesidades de amor y placer que su pareja no está dispuesta a satisfacer.

Así encontramos que, para algunas mujeres, las agresiones a su vida sexual no se encuentran en la violencia, sino en la falta de contacto sexual y en la indiferencia del marido hacia ellas; 59% de las mujeres de este grupo mencionaron que desearían más pasión y entrega en su relación erótica y señalaron que incluso era una forma que utilizaba su cónyuge para "castigarla" cuando él estaba molesto. Una mujer separada de 44 años afirma:

> Casi siempre era yo la que quería y él no, si trataba de acercarme a él se enojaba, se cambiaba de cama o se iba al sofá, me decía que yo no merecía nada, que no lo tenía tan contento, que a ver mañana cómo me portaba... Eso me lo hacía muy seguido.

El rechazo y la indiferencia que viven muchas mujeres en la esfera sexual es de tal manera doloroso, que incluso una de ellas llegó a decir (ante la pregunta de si alguna vez la habían forzado a tener relaciones sexuales) que ojalá lo hubiera hecho, porque eso hubiera significado que la deseaba. Otras, en cambio, se refieren a su actividad sexual como una obligación y desean que se acabe lo más pronto posible, ya sea porque no encuentran ningún tipo de gratificación en esta actividad ("sólo se satisface él") o porque se reduce a una relación coital que les deja una sensación de vacío. No obstante, algunas mencionaron que lo agradable del contacto sexual es cuando él las abraza o se acerca a ellas o bien cuando hay cierto juego erótico.

Pero su necesidad de amor es aún mayor que su necesidad erótica y pese a las difíciles condiciones que han vivido, 66% de este grupo de mujeres mencionó que desearía que su marido la amara más, es decir, en ellas la esperanza pesa más que el resentimiento o el coraje. La explicación a esto tiene muchas dimensiones. Por una parte, la violencia conyugal es un fenómeno cualitativamente distinto de otras formas de violencia, precisamente porque el que agrede forma parte de la vida afectiva y personal de aquella que lo sufre. Por tanto, el impacto se inscribe en el espacio "privado", el espacio de la intimidad, social y personalmente asumido. Este hecho hace muy difícil cuestionar la situación, porque existe una legitimación social del poder de los hombres sobre las mujeres, especialmente en las relaciones de pareja, donde la violencia se asume como el ejercicio de un derecho o sólo como una expresión de "mal carácter". Más aún, la existencia de un vínculo afectivo con el cónyuge impide reconocer la violencia emocional, pues no existe un referente objetivo (como en el caso de la agresión física donde el moretón o la herida impide negar el hecho) que le permita identificarla y afrontarla. Tales condiciones dejan a las mujeres atrapadas en una relación que les va rompiendo sus ejes de identidad y valía sin que puedan hacer conciencia de la magnitud del daño. Finalmente, la representación simbólica del amor como un sentimiento que lleva implícito el dolor y el sufrimiento, facilitan la tolerancia y aceptación del maltrato.

Por otra parte, el desamor es en sí mismo una forma de violencia; la indiferencia o el rechazo lastiman, causan daño y lesionan seriamente la autoimagen y la autoestima. Estas condiciones producen una situación de vulnerabilidad emocional que entre más consistente y más perenne, mayor es la posibilidad de crear procesos de desbaratamiento personal que favorecen y refuerzan a su vez diversos tipos de violencia. Al mismo tiempo, la soledad e inseguridad que genera el desamor crea un clima propicio para construir expectativas sobre la posibilidad de dar o recibir amor. En una situación de desamparo afectivo, la necesidad emocional se traduce en una búsqueda compulsiva por obtener el amor que no recibe y en un constante reacomodo de la realidad para alcanzar el mínimo de afecto que le permita sobrevivir.

Sin embargo, esto no significa que la relación sea inmodificable o que las mujeres enfrenten pasivamente la violencia y el desamor. En realidad, la misma condición de opresión va a dar lugar a un distanciamiento que se traduce en resistencias o contrapoderes donde el transcurso del tiempo puede operar a su favor y propiciar otro tipo de estrategias para enfrentar la relación. Factores como el crecimiento de los hijos, el envejecimiento de la pareja, la creación de nuevas redes de apoyo o los propios procesos de maduración personal, pueden modificar

la correlación de fuerzas al interior de la pareja y propiciar otras formas de negociación.

Estas situaciones tienden a disminuir el poder del marido y facilitan cuestionar la relación de inequidad a la vez que propicia un proceso de separación emocional en que el otro deja de considerarse el centro de su vida. Las mujeres que habían finalizado una relación de desamor y algunas que incluso se encontraban en una segunda relación, mencionaron que un día dejó de dolerles la indiferencia y el rechazo, se dieron cuenta que él ya no era importante. En ocasiones subsistía el temor a la violencia física o sexual, pero entonces sentían más coraje o rabia que dolor.

Con todo, cuando no se modifican las condiciones o cuando son demasiado fuertes las normas y valores que sustentan una relación de esta naturaleza, es frecuente que las mujeres se enreden en un círculo vicioso del que difícilmente se vislumbran alternativas. Entonces, los estados depresivos, las enfermedades psicosomáticas, las adicciones o las alteraciones nerviosas suelen ser parte de su entorno cotidiano donde la salud y la posibilidad de una vida erótica grata y placentera es una aspiración lejana.

La violencia hacia las mujeres se reproduce cotidianamente porque existe un clima de legitimación social que impide cuestionar el ejercicio del poder que "naturalmente" se concede a los hombres sobre las mujeres. Por ello, las diversas estrategias de modificaciones jurídicas, sensibilización social, investigación sobre los mecanismos que sustentan las condiciones de subordinación y grupos de apoyo a mujeres que viven condiciones de maltrato, son estrategias indispensables para transformar esta penosa realidad.

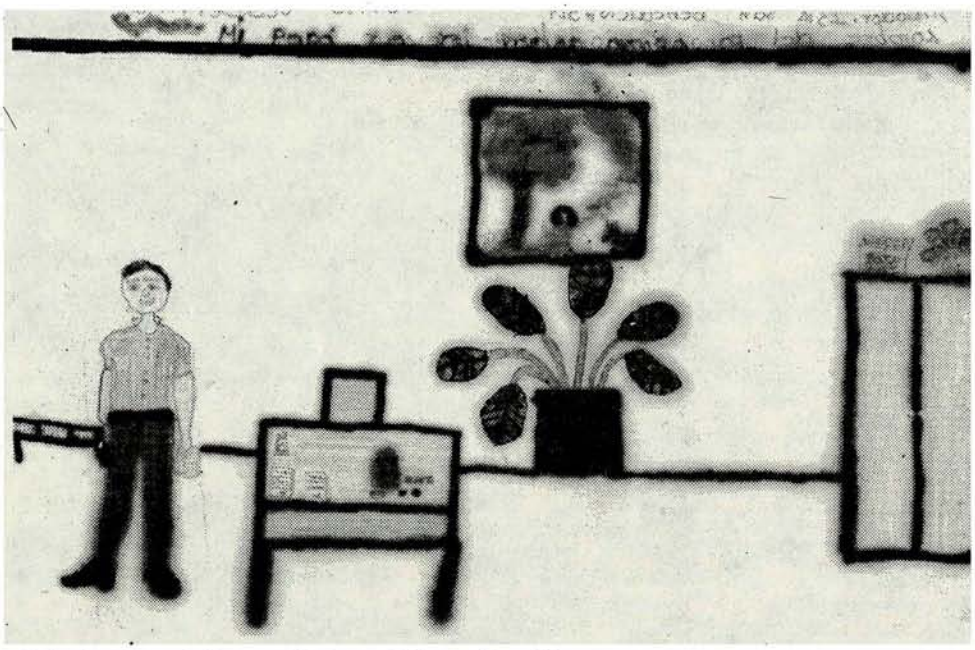


Juan Armando Ruiz Carrasco, 12 años.

Las mujeres que se sienten amadas

De acuerdo con los resultados, uno de los factores fundamentales para la construcción de una sexualidad autoafirmativa en las mujeres, se encuentra en las condiciones que permiten tener cubiertas las necesidades afectivas. Para las personas entrevistadas, sentirse amadas aparece como una condición de posibilidad que facilita la toma de decisiones para el ejercicio de una experiencia erótica plena y gratificante. Vivir en un entorno que les procura amor les permite negociar en el plano de su sexualidad y enfrentar los disensos con bajo nivel de conflicto. No obstante, entre las mujeres que se sienten amadas y aquellas que viven en un contexto de desamor cotidiano, existen empalmes, coincidencias, semejanzas, pero también diferencias que reflejan las distintas condiciones y formas de relación construidas alrededor de su biografía personal y colectiva.

Entre las mujeres que se sienten amadas, también son frecuentes las uniones conyugales tempranas [ver tabla 1], la desinformación respecto a los métodos de regulación de la fertilidad y la alta paridad. Con todo, estos hechos ocurren en un entorno socioemocional cualitativamente distinto. Lo primero que resulta evidente es la ausencia casi absoluta de violencia física o sexual, o bien, de uniones conyugales impuestas. En segundo lugar, los hijos son deseados en la mayoría de los casos (aunque no siempre planeados) y producto de la aspiración común de pareja. En tercer lugar, existe un cierto acuerdo o con-



María Guadalupe Chávez Munguía, 11 años.

senso en los aspectos centrales de relación marital. Pero las diferencias son, en algunos casos, más de grado que de fondo. Comparten con las mujeres del otro grupo los valores y normas culturales respecto a la identidad genérica, respecto al amor y a las formas de relación al interior de la pareja, especialmente en el terreno de la sexualidad.

Así, pese a que la mayoría de las mujeres de este grupo considera su vida sexual como una experiencia agradable y satisfactoria, es frecuente que se refieran a ella como un deber conyugal, que mencionen no tener orgasmos o que "no terminan" y que acepten la relación sexual por temor a que su cónyuge "se busque otra". También aparecen algunas formas de violencia emocional en el sentido de que los maridos dudan de la paternidad en algunos embarazos o que se enojan cuando ellas se niegan a tener relaciones sexuales.

No obstante, los niveles de violencia reportados son bastante moderados, no constituyen una constante de su relación y ellas lo mencionan más bien como una expresión pasajera que no impacta de manera importante su vida cotidiana. Si bien esto puede ser una expresión de las dificultades para asumir y reconocer la violencia conyugal, también es cierto que en este grupo ya se encuentran cambios cualitativos en su vida erótica, especialmente porque en ellas se nota una diferencia respecto a la forma en que conciben la relación de pareja.

En primer lugar, no se evidencia una relación jerárquica tan marcada. Si bien algunas aceptan como natural la autoridad de los varones, otras ya plantean un serio cuestionamiento a las relaciones asimétricas.

En segundo lugar, para algunas mujeres, la relación ya no está planteada en términos de "hasta que la muerte nos separe", sino como un vínculo que vale la pena conservar mientras sea gratificante para ambos.

El cónyuge tiene más el estatus de un compañero que puede estar presente o desaparecer en algún momento de su vida, incluso algunas llegaron a plantearse la posibilidad de ser madres solas desde antes de la relación conyugal. Una mujer de 40 años narra en la entrevista:

> Yo primero quería ser madre soltera porque veía que se la pasaban mejor que las casadas, pero como mi esposo mostró gran entusiasmo por eso me casé, pero siempre pensando que si no me trataba bien lo pasaba a dejar.

En general, estos datos muestran que el sentirse amadas, pese a las contradicciones, sí representa una condición de posibilidad en la toma de decisiones para una sexualidad grata y placentera de las mujeres. Esto es, el amor funciona como una base importante de negociación. Estas mujeres se muestran más confiadas en sí mismas, con mayor capacidad de negociación y mayores márgenes para tomar decisiones respecto a su cuerpo y su sexualidad. Aun cuando pareciera un contrasentido que precisamente aquellas que se sienten amadas sean quienes tienen una imagen de su pareja como alguien de quien pudieran "prescindir", en realidad no es tal.

La tesis de Eichenbaum y Orbach [1987] sostiene que en el proceso de desarrollo infantil, la independencia y autonomía de todo ser humano se alcanza cuando han sido atendidas sus necesidades de amor y aceptación. En todas las etapas de la vida, saberse amada/o es un componente indispensable en la integridad psíquica y un factor importante para lograr la confianza en sí misma/o. Las mujeres que se sienten amadas saben que pueden tomar decisiones precisamente porque tienen la certidumbre de que cuentan con alguien que las ama y acepta. Saben que pueden equivocarse o acertar porque en uno u otro caso no están solas. Se saben importantes, comprendidas, valiosas.

A su vez, estas mujeres presentan un mayor nivel de escolaridad, lo que significa que ésta pudo ser otra vía al proceso de autodeterminación, pues el ejercicio del conocimiento promueve

una concepción más amplia del mundo y sus procesos, lo que a su vez facilita la reflexión sobre la vida cotidiana y las distintas formas de relaciones sociales; además, hace posible otras formas de reconocimiento social que les permiten elevar su autoimagen y desarrollar sus potencialidades. Finalmente, la instrucción escolarizada abre espacios de acceso a la información (tanto extracurriculares como informales), posibilita la integración de redes de apoyo y amplía los horizontes hacia proyectos de vida alternativos.

Con todo, tampoco éste es un grupo homogéneo; los resultados muestran que el tiempo de relación incide en la forma en que viven su vida erótica y muestra una articulación entre la experiencia de la sexualidad y el ciclo de vida de las mujeres. Quienes tienen menos tiempo de relación (1-3 años) vinculan de manera estrecha su gratificación sexual al amor que le tienen a su pareja, enfatizan los acuerdos, el disfrute compartido y la experiencia emocional. La sexualidad de las mujeres en la primera etapa de su vida en pareja aparece como inseparable de los sentimientos. En parte, esto puede ser producto de un esquema de socialización afectiva que idealiza el amor y concentra en la pareja estable las posibilidades de intercambio erótico. Una joven de 23 años menciona en la entrevista:

> Mi vida sexual es gratificante porque es variada, hay de todo un poco, a veces hay pasión, a veces ternura, lo importante es que los dos disfrutamos, nos queremos y yo disfruto mucho porque lo amo.

Las mujeres cuya relación se encuentra entre los 4 y 9 años de convivencia conyugal, refieren una vida erótica más autoafirmativa y abierta, con más referencias al placer, al cuerpo y a las múltiples posibilidades de disfrute. Es como si en ellas el amor fuera el telón de fondo y el erotismo el aspecto más destacable de su experiencia. También puede ser que muchas de ellas ya han podido superar la "anestesia"[1] genital y conjugar en la fantasía y el juego erótico con sus sensaciones y sus deseos. Una mujer de 39 años relata:

> Mi vida sexual es buena, al principio no me gustaba, no le encontraba chiste, después aprendí y me gustó, lo disfrutamos mucho. No le encontraba chiste porque sólo penetraba y ya, después aprendimos que podían hacerse más cosas que hacían que yo deseara la penetración y no sólo la recibiera porque sí.

Por otro lado, las mujeres cuya relación se encuentra entre los 10 y 20 años, se refieren a su sexualidad como un componente importante, pero parte al fin, de una relación más global que forma su vida cotidiana. En la etapa de la madurez, la sexualidad llega a ocupar un lugar más equilibrado con los otros componentes de su vida. Esto no significa que sea menos importante, más bien parece que las urgencias y pasiones han dado paso a una erótica más articulada con la totalidad de su persona. Una mujer de 43 años menciona:

> Es muy buena, yo me siento satisfecha porque lo hacemos cuando realmente queremos. Mi vida sexual es importante, igual que todo lo demás del matrimonio. No es algo en lo que piense todo el día, pero no creo que todo lo demás funcionara bien si no tuviéramos una vida sexual como la tenemos.

Estos resultados dejan ver que la asociación entre el tiempo de relación y el ciclo de vida le confiere un matiz distinto a la vida erótica. En la mayor parte de las mujeres urbanas, la primera etapa en la relación de pareja se caracteriza por una sobre representación del amor y una relación con el cuerpo marcada por la culpa y la vergüenza. Este hecho limita las posibilidades de goce y placer compartidos y facilita concentrar en los sentimientos el sentido de la vida sexual. Al mismo tiempo, la erótica genitalizada, impositiva y fragmentada con que se ha socializado a los varones, hacen que ellas vivan los afectos como el único espacio reivindicatorio del encuentro amoroso. Desde niñas, la sexualidad de las mujeres se nutre de fantasías que erotizan los sentimientos y cubren de silencios el cuerpo. Por ello, cuando se consolida la relación formal, se inicia un proceso de descubrimiento y re-conocimiento con sus potencialidades eróticas amparadas en la legitimación social de su actividad sexual.

Conforme se transita a las siguientes etapas de la relación, la vida erótica de las mujeres se va perfilando como un espacio definido por sí mismo, un espacio de encuentro con el cuerpo. Cuerpo que, en esta etapa de la vida (la mayoría de ellas se encontraban entre los 27 y los 35 años de edad) ha reivindicado sus posibilidades de goce y placer, y se puede reconocer como un espacio valioso por sí mismo. Finalmente, cuando la relación ha adquirido cierta consistencia a través del tiempo, también es frecuente que las mujeres se encuentren en una etapa de cierta madurez. Este hecho le ha permitido desarrollar de tal manera sus sentidos tanto en actividades no específicamente sexuales como en aquellas propiamente eróticas, que se encuentran en condiciones de reelaborar el ámbito de su sexualidad con experiencias ancladas en todos los espacios de su vida.

Con todo, el estudio no permite conocer las dinámicas que se gestan en la sexualidad de las mujeres a partir de los procesos de ruptura o recom-

♦♦♦

posición de las relaciones de pareja a lo largo de la vida. No sabemos ¿en qué medida vivir en un entorno de amor facilita un reencuentro con el cuerpo aun después de finalizada la relación de pareja? ¿De qué manera los subsecuentes encuentros amorosos enriquecen o amplían los horizontes de la sensualidad y el deseo? ¿Qué tanto las formas de amar de las mujeres facilitan u obstruyen sus potencialidades eróticas? Los pocos casos que registramos de personas separadas o que se encontraban en segundas nupcias hacen difícil identificar algunas constantes en ese sentido. Sin embargo, es evidente que la erótica de las mujeres se reelabora constantemente a lo largo de la vida y a lo largo de los distintos encuentros amorosos.

Lo que no parece muy evidente es cómo se conjugan los espacios de la erótica femenina con esto que las mujeres califican como una vida sexual satisfactoria. ¿Están hablando ellas de sus pasiones? ¿De contactos suaves, placenteros, pero no genitalizados? ¿De sus fantasías cumplidas?

Los resultados muestran algunos contenidos, pero hace falta conocer sobre los procesos y los significados de este importante espacio de vida. Hace falta delimitar lós enlaces con las identidades de género a partir de los diferentes grupos sociales, las clases o las etnias. También es importante identificar lo que es propio de la erótica femenina por sus experiencias de vida cotidiana y las que surgen a raíz de su relación con los hombres.[2]

Además, se requiere conocer las coincidencias o diferencias con las relaciones homosexuales, en especial en términos de las distintas formas de poder que, aun dentro de un contexto de amor, son parte de las relaciones amorosas. Éstas y otras interrogantes podrían nutrir futuras investigaciones.

A manera de conclusión

La sexualidad, como un espacio definido por las coordenadas materiales y simbólicas del género, forma parte del sistema de relaciones que define condiciones de vida para mujeres y varones. El amor y el erotismo, como componentes fundamentales de la vida humana, son al mismo tiempo recursos de poder que no se inician con la relación de pareja, sino que se gestan desde todos los espacios sociales. El amor y el desamor son parte estructural de las condiciones de vida de las mujeres que posibilitan o niegan la construcción de su autonomía en el ámbito de la sexualidad. La relación entre desamor y menor nivel de escolaridad, conyugalidad temprana y violencia sexual encontrada en este estudio, no es azarosa. El rechazo y el desamor a veces empiezan desde el nacimiento. ¿A cuántas niñas se restringe el acceso a la educación, la salud o la nutrición por el hecho de ser mujeres? ¿Cuántas son impulsadas a uniones conyugales tempranas por el maltrato o violencia sexual de que son objeto? ¿Cuántas de ellas reciben amor sin condiciones?

La primera conclusión que se puede extraer del análisis aquí expuesto, es que el desamor es la primera expresión de violencia que se ejerce sobre un ser humano. En ese sentido, el orden genérico, al legitimar las relaciones jerárquicas, asimétricas e injustas, hace del desamor parte fundamental en ese entramado de inequidad que facilita la violencia conyugal. El amor es, por tanto, un recurso de empoderamiento que debiera promoverse, como una condición necesaria, pero no suficiente, para acceder a relaciones más equitativas. Además, es necesario educar para la insolencia. La tolerancia al desamor y la violencia se ejerce con tanta impunidad porque a nuestro pueblo, y a las mujeres muy en especial, se nos ha educado para agradar, atender y ser solícitas con los demás. Desde todas las instancias sociales se ha reforzado una identidad cultural y genérica basada en un concepto de relación humana que ha perdido su sentido de dignidad. Reconocer el derecho a la insolencia es también reconocer el derecho a disentir, a cuestionar las imposiciones y a reconocer las distintas formas de relación social que atentan contra la dignidad.

Una segunda conclusión que puede apuntar este estudio, es evidenciar el hecho que la sexualidad de las mujeres no se encuentra atada inevitablemente a la subordinación. Los códigos culturales constituyen el engranaje que amarra la sexualidad con las polaridades jerárquicas del género, pero nunca son fijas e inmutables. Las prácticas, los significados sociales, los sistemas de relación y las formas de construcción de los vínculos eróticoafectivos continuamente se rehacen. Las diferentes experiencias ofrecen posibilidades de reconstrucción en el plano social y subjetivo. El reto es potenciar las estrategias de transformación de la vida cotidiana que posibiliten su reelaboración en el orden social bajo parámetros de otro orden.

La última conclusión a que podemos arribar, es a la necesidad de redefinir los espacios de la relación amorosa como un encuentro donde la experiencia grata y placentera de la sexualidad pueda articularse con la autonomía e independencia en todos los órdenes. Es decir, aun cuando se reconoce en la actualidad que las mujeres como sujetos sociales se han convertido en vanguardia del cambio y han abierto espacios sin precedente para su autonomía e independencia, la sexualidad, como plantea Weeks [1995], sigue siendo un campo de

batalla en el que los significados del erotismo y del amor se siguen peleando. Para las mujeres, el reto es construir formas de relación que permitan vivir la sexualidad bajo parámetros y principios donde el derecho al placer y a la dignidad sean la base del amor y el erotismo.

No obstante, existen resistencias al cambio, contradicciones y serias limitaciones para impulsar transformaciones de fondo porque siguen vigentes valores que niegan el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo. Existen también las contradicciones ancladas en la dinámica misma de las relaciones de pareja, donde muchos varones no están dispuestos a renunciar a los privilegios que la sociedad les confiere y las mujeres hemos avanzado poco en las estrategias que se requieren para modificar las relaciones en la esfera de la intimidad. La necesaria democratización en todos los órdenes, dice Weeks [1995], obliga a repensar también la ética y los valores en las relaciones personales, a pensar de nuevo sobre lo que queremos decir con términos como responsabilidad, aceptación y amor; a pensar en el amor como un componente indispensable en la salud sexual de las mujeres y a aceptar que ser amadas es parte indiscutible de los derechos que todos los seres humanos debieran disfrutar. ♦

Notas

[1] Fina Sanz [1991] llama "anestesia" genital a la falta de sensibilidad que han desarrollado muchas mujeres como producto de la doble moral sexista. Señala que no haber jugado con los genitales dificulta el conocimiento de sus sensaciones o bien se encuentran cargadas de fuertes connotaciones negativas que van desde el "no siento" a sentir con desagrado.

[2] Fina Sanz [1991] menciona que existe una parte importante de la erótica femenina vinculada a un placer corporal no genital que se desarrolla principalmente en las prácticas y juegos con otras mujeres, que no son sexuales, pero amplían la percepción de los sentidos y permiten el desarrollo de una sensibilidad global.

Bibliografía

Amorós, Celia (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal.* Barcelona: Ed. Anthropos, 1ª edición, colección "Pensamiento crítico", pp. 328.

Eichenbaum, E. y Orbach, S. (1990). *¿Qué quieren las mujeres?* Madrid: Ed. Revolución, 4ª edición, colección "Hablan las mujeres", pp. 345.

Graham, Deel; Rawlings, Edna y Rimini, Nelly (1998). "Survivors of terror. Battered women, Hostages and the stockolm syndrome", en: *Feminist perspectives on wife abuse*, SAGE Publications, Beverly Hills.

Guevara Ruiseñor, Elsa. *Género y afectividad en las relaciones de pareja. Desarrollo y validación de una escala de satisfacción de necesidades afectivas.* Tesis de maestría, Facultad de Psicología, UNAM, 1996.

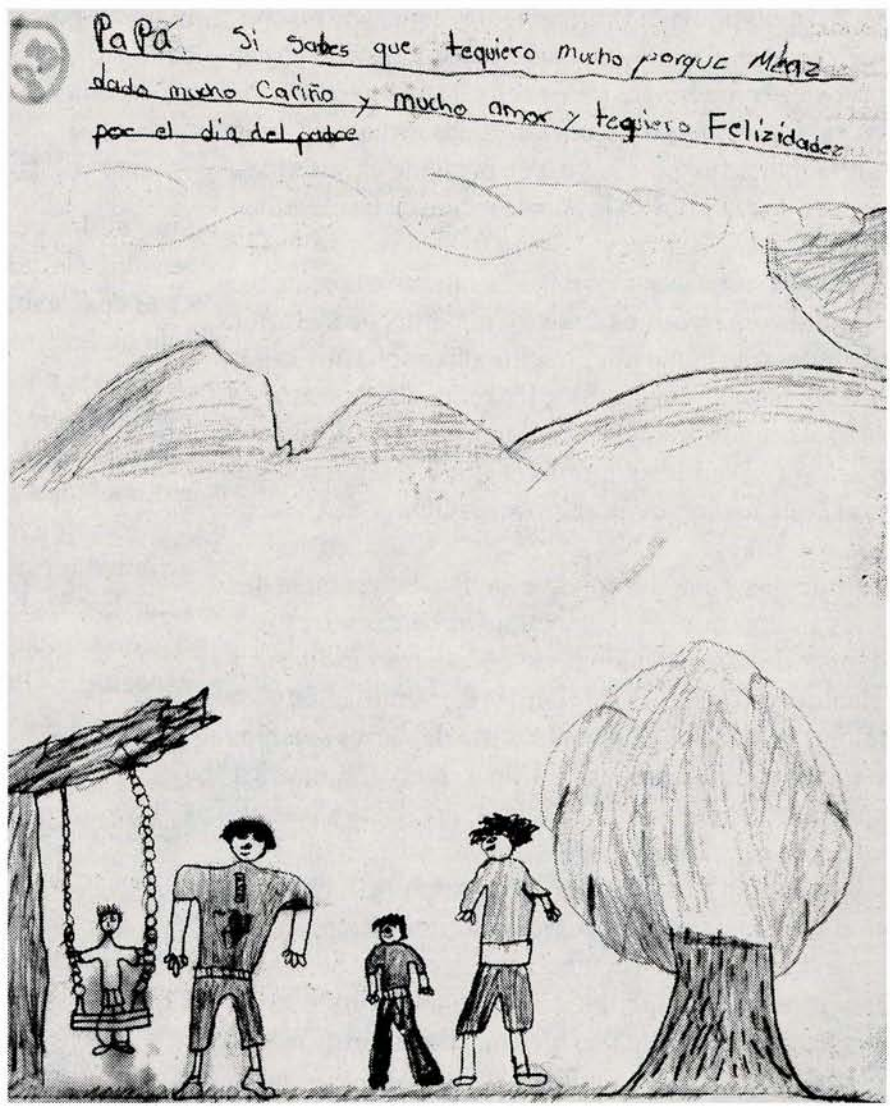
Holland, *et al.* (1991). "Pressure, resistance and empowerment: young women and negotiation of safer sex" en: *Fifth conference on the social aspect of aids*, Londres.

Sanz, Fina (1991). *Psicoerotismo femenino y masculino.* Barcelona: Kairós, 1ª edición, pp. 269.

Segal, Lynn (1995). "Repensando la heterosexualidad: las mujeres con los hombres", en: *Debate feminista,* año 6, volumen 11, pp. 17-33.

Spitz René (1977). *El primer año de vida del niño*: México: FCE.

Weeks, Jeffrey (1995). "Valores sexuales en la era del sida", en: *Debate feminista,* año 6, volumen 11, pp. 157-182.



Marco César Hernández, 8 años.